

**El Tapón.**

—Pero si *Bombita* no era lo que aparentaba—preguntará el lector cándido ó poco conocedor de los bastidores del toreo—y si había otros matadores por lo menos tan buenos como él, ya que no queremos hacer caso á los que aseguran que valían más, ¿cómo es que esos toreros no figuraban también en la primera línea, al lado, ya que no delante del niño de Tomares?

¡Ay, lector candoroso! porque en eso precisamente consistía la habilidad del bombismo, y porque además, y aparte todo el tinglado de ruido que tenía armado, sólidamente armado, los toreros de primera fila disponían en aquella época de un arma poderosa y terrible que ellos no inventaron, pero

de la cual supieron aprovecharse, no diremos como nadie, porque otros la habían utilizado antes, pero sí mejor que nadie.

Esta arma, de puntería certera y efectos seguros, se llamaba "la escritura abierta".

*Escritura abierta* era tanto como sumisión absoluta de empresas, ganaderos y público á la despótica voluntad del torero. *Escritura abierta* quería decir: "torearé cuándo quiera, con quién quiera y cómo quiera".

Una de las cláusulas de estos contratos que entregaban á los empresarios atados de pies y manos al capricho del torero, establecía que éstos tendrían derecho á tomar parte en todas las corridas de toros ordinarias ó extraordinarias que organizase la Empresa. Figuraos.

Un día tenían la suerte de "quedar superior", como ellos dicen, dos toreros que no eran de la primera categoría. Pongamos que Pastor y *Gallito* "daban" entonces una de las tardes con que después han enardecido tantas veces á "la afición". Los espectadores salían de la plaza entusiasmados y deseando volver á presenciar las proezas de esta otra pareja; la Empresa, atenta á su negocio, organizaba para el jueves siguiente una corrida con los toreros de aquella tarde,

un lleno hasta los topes y la disminución en los gastos que suponía la parquedad de honorarios que en este tiempo cobraban Vicente y Rafael. Era un alivio al dineral que costaban, y á veces no indemnizaban, las otras corridas de primeras figuras.

Pero he aquí que cuando más entusiasmada estaba la Empresa echando cuentas, presentábanse los apoderados ó recibía una carta de los toreros de escritura abierta en que le decían:

"Muy señora mía: He sabido que organiza usted una corrida extraordinaria para el jueves próximo, y conforme á las condiciones de nuestro contrato tengo el gusto de participarle que quiero torearla."

—¡Mala centella le coma!—comentaba el empresario.—Y, naturalmente, como la corrida se daba para los otros y por los otros, y con la intromisión de los primates del abono, ya no había posibilidad de hacer la combinación, la corrida se quedaba en proyecto, y "con las ganas" los toreritos que habían pensado afianzar en ella su personalidad, y tenían que seguir dedicándose á matar el tiempo en el Inglés, como hizo tantos años Vicente Pastor, ó á dar vueltas por las Delicias, como le ocurría á Rafael Gómez.

Después... Después había muchas cosas.

Yo no quiero molestar á nadie ni mucho menos ofenderle; ni siquiera censurarle. Desde los tiempos en que más ruda era la pelea entre bombistas y gallistas, ó mejor y más exactamente dicho, entre los bombistas y el gallista que esto escribe, formé el propósito de que los hechos y circunstancias que voy á relatar fuesen algún día conocidos del público; pero, enemigo como soy de causar daño á nadie y deseoso de no enconar las pasiones, seguro como estaba de que la victoria había de ser en plazo breve nuestra, de los contados creyentes en la verdad, adopté también la resolución de guardar silencio sobre el caso (que, por otra parte, es un secreto á voces) hasta que retirado *Bombita* no pudiera nadie atribuirme intenciones que nunca estuvieron en mi ánimo.

Pero llegó la retirada del segundo torero de la dinastía de Tomares y cambié de idea. ¿Para qué dar lanzadas al *moro muerto*? Me dirían que lo que en el curso de toda esta movida campaña había guiado mi pluma no fué el amor á la verdad y el impulso quijotesco que me hacía revolverme contra la injusticia ambiente, sino un ahincado odio á *Bombita*, del que sería muestra aparente

aquella revelación de cosas... que toda la afición sabía, porque la impunidad había hecho un poco imprudentes y menos disimulados á los bombistas, y decidí guardar silencio. Á enemigo que huye puente de plata.

Mas, lejos de cambiar las cosas en el toreo, parece que alguien, que anduvo en estos manejos, quiere volver las aguas á los antiguos cauces, y en vez de desmontarse el tinglado de mentiras que funcionó durante tanto tiempo, se le afirma y asegura, se echan nuevos cimientos al edificio, albañiles diligentes se apresuran á ponerlo en condiciones de prestar servicio, y de nuevo en el toreo se ponen en juego dos verdades: la verdad de la plaza y la mentira de las referencias.

Y eso no puede ser ya. Los toreros con el toro; el público con quien lo merezca y la verdad en todos los relatos.

Yo no culpo á Belmonte, al cual creo y hasta me atrevería á jurar inocente, como lo era *Bombita*, de los manejos de ciertos ardorosos entusiastas suyos; pero creo que estamos en el caso de impedir que la mixtificación impere de nuevo en el toreo y que hagan de ella un arma prohibida para engañar incautos precisamente los que se proclaman defensores de la verdad.

El toro, el toro; en el toreo no puede haber más que eso.

Ahí tienen ustedes explicado por qué, contrariando mis propósitos, me creo obligado á revolver el archivo donde guardo curiosos documentos y á hablar de estas cosas. Pero no temáis, seré breve, como dicen los oradores latosos, y sólo diré lo preciso para que la afición imparcial y justiciera forme juicio de cómo corrían las liebres en esta desdichada época taurina. No es necesario contarle todo. Basta con unos cuantos ejemplos para que por el hilo saque el lector el ovillo y hasta la fábrica de carretes.

Desde los primeros momentos de su vida pública, *Bombita* tuvo la suerte mayor que puede tener un hombre. Contó muchos y buenos amigos, grandes amigos que desde sus primeros días toreros le allanaron el camino tan árido y dificultoso para otros; era hermano de su hermano Emilio, tan simpático, tan buen torerito y tan gracioso matorador, y tuvo uno de sus mayores entusiasmas en el mismísimo empresario de la plaza de toros, Perico Niembro, de quien sería curioso averiguar si continúa siendo bombista... y en qué grado de entusiasmo.

Caminito de flores.

Á poco que hayáis frecuentado los bastidores del toreo, sabréis cuánta pasión ponen los hombres en su amistad con un torero; el deseo tan grande que tienen de ser útiles al lidiador de sus entusiasmos, y el empeño que hacen de superar en utilidad y protección á los demás amiguitos del diestro.

*Bombita* era un hombre muy simpático, excesivamente cuidadoso del trato social, expansivo, amable, nada orgulloso con las gentes, ¿qué extraño es que se conquistase un núcleo de buenos amigos en todos los sitios, dispuestos á dar por él la hacienda y hasta la vida si se la pedían?

Llegaba á todas partes rodeado de ese prestigio con que tan fácil es deslumbrar á las multitudes impresionables; los periódicos de Madrid le ponían en las nubes..... ¿Cómo iban á resistir esta corriente de opinión el telégrafo y el teléfono tan complacientes de suyo?

Muchas veces el correo, que ha sido siempre un intransigente destripacuentos, disentía de la opinión telegráfica general y donde los alambres habían puesto "ovación", escribía él "bronca"; pero ya..... ¡El correo llega tan tarde á todas partes!...

Cierta vez, un revistero madrileño, que

por detrás, de frente, y de perfil se parece mucho al que estas líneas escribe, y el sujeto que "estaba haciendo" de director del periódico en que entonces yo escribía, fueron á ver las corridas de feria de no importa qué ciudad. Contra lo que es uso y ley de cortesía en tales casos, el corresponsal del periódico aludido que estaba en combinación telegráfica por *mor* de la economía con otros dos periódicos de la Corte, no fué á saludar á su director, pero al leer el papel, el día siguiente á la primera corrida, tuvimos noticias tuyas viendo con asombro que había telegrafiado una "ovación y vuelta al ruedo" para *Bombita*... donde había habido una pequeña bronca.

—Verdaderamente debe tener este hombre un entusiasmo loco por *Bombita* cuando así se ha confundido y ha visto complacencia donde toda la plaza manifestó desagrado—dijimos.

Y antes de empezar la corrida siguiente le enviamos un recado en la misma plaza, por otro colaborador del periódico.

—Adviértale usted que es muy dueño de opinar como le dé la revisteril gana, y ser partidario del torero que mejor le parezca; pero que en el relato de los hechos se

atenga única y exclusivamente á la verdad.

Como si cantara un carro; ni hizo caso ni fué á visitarnos. El que vino á vernos aquella noche fué un amigo suyo, que lo había sido mío y ya no lo era porque me debía favores, y aprovechando una ausencia mía le dijo al director de aquel periódico:

—Le advierto á usted que todo el mundo dice que *Don Pío* está explotando á los *Gallos*.

—Pues se equivocan—contestó el otro haciéndome la justicia debida.—Son los *Gallos* quienes lo explotan á él.

Ya pueden ustedes figurarse el efecto que haría esta contestación en la batería de donde había salido el tiro.

¿Y qué me cuentan ustedes del entusiasmo de aquellos fotógrafos que estaban en el callejón de cierta plaza y sólo ejercían cuando *Bombita* actuaba... á menos que los otros toreros, que eran el *Gallo* y *Joselito*, estuviesen mal, en cuyo caso se hinchaban de tirar placas?

¿No recordáis aquellas tardes que en la plaza de Madrid corrieron de mano en mano por los tendidos, sin que se supiese quién era el autor de la original propaganda al revés, unas tarjetas postales en las que el

33741

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cda. 1000 MONTERREY, MEXICO

*Gallo* aparecía como no hubiera querido nunca verse?

Otra vez publicaron los periódicos taurinos ilustrados unas fotografías interesantísimas que á mí me han tenido, y me tienen, no diré preocupado, pero sí curioso.

En ellas aparecen ejerciendo sus funciones en el mismísimo callejón de una plaza provinciana que no hay para qué nombrar, los corresponsales telegráficos de los periódicos de Madrid, y yo, desde que los he visto allí retratados, en aquella localidad desusada y tan lejos del palco que tienen por costumbre ocupar, escribiendo de pie é incómodamente sus cuartillas, expuestos á la desagradable visita de un toro descortés y á la curiosidad de los toreros que entre ellos andan, me he estado preguntando sin acertar con la respuesta: ¿quién los puso allí, para qué estaban allí?

En todas partes el entusiasmo que despertaba *Bombita* hacía que se repitiese frecuentemente aquel fenómeno de óptica de que yo fui testigo, y que las broncas se cambiasen en ovaciones y las silbas en sonetos.

¿No os fijasteis entonces en que rarísima vez el telégrafo contaba que *Bombita* había

estado mal, sino que antes al contrario, para él todo eran éxitos, volapiés magnos y cargamentos de orejas?

Los demás toreros tenían sus horas malas; ¿quién no las tiene en esa profesión tan arriesgada y difícil? Son los buenos jugadores de billar y hay días que no dan pie con bola; conque, figuraos un torero que ve ante sí aquellos formidables tacos que de vez en cuando se trae algún torito para asustar!...

En *Bombita* jamás se daba este caso. Como el portugués del cuento, él siempre estaba por telégrafo "forte que forte.."

—Cierta vez—y vaya con esto el último ejemplo,—fué *Bombita* á torear á la plaza de San Sebastián una corrida. Y para que si alguien se molesta en buscar comprobantes del suceso tenga el menor trabajo posible, diré que la cosa ocurrió en los primeros días del mes de Agosto del año de gracia de 1910.

Toreaba *Bombita* después de una de sus innumerables cogidas (esas cogidas que alguno de sus entusiastas invocaba cierta vez como timbre de gloria, y que los demás ó no sabemos matemáticas taurinas ó tenemos que interpretarlas, en buena lógica, como una muestra de torpeza..... á menos que torear

no sea el arte de burlar y dominar á los toros, sino la mejor disposición para hacer el pelele); toreaba, repito, *Bombita*, un domingo de Agosto en San Sebastián con Rafael Gallo y el desgraciado *Pepete*, y por la noche y á la hora acostumbrada salieron en Madrid á la calle los periódicos con la reseña telefónica de la corrida susodicha. Todos estaban conformes: *Bombita* había estado magnífico en el cuarto toro, y después de una gran faena de muleta había despachado á su enemigo de un gran pinchazo y media superiorísima. (Ovación y vuelta al ruedo) decían todos. Sólo hubo una pequeña discrepancia: *El Mundo*, periódico en el que trabajaba yo entonces, añadía al relato de estas hazañas, el pequeño detalle de que *Bombita* había recibido un aviso.

Esto, como era natural, me puso en guardia y esperé con curiosidad la llegada de la prensa donostiarra para saber lo que hubiera de verdad en el caso. Con los periódicos provincianos, que suelen ser unos irrecusables rectificadores de lo que los fantásticos alambres telegráficos refieren, vinieron también cartas, llegaron á Madrid testigos presenciales, se publicó alguna crónica del suceso. Un horror. En vez de la me-

dia superior y de la gran faena muleteril, *Bombita* había tenido uno de esos desastres que hacen época en la vida de un torero; después de un largo aperreo había oído dos avisos, y la cuadrilla desplegada en guerrilla había cooperado á la muerte del toro, que cayó en el segundo preciso, con el estoque que cada cual tuvo á mano. El veterano puntillero *Triguito* á quien unos espectadores acusaron de haber finiquitado al toro con un verdugillo que en vano procuraba ocultar bajo el capote, fué multado y no sé si arrestado por la presidencia.

Así lo contaban los periódicos locales, unos, como *El Correo de Guipúzcoa*, con todos sus pelos y señales, y los otros tratando de disculpar benévolamente al diestro, llegando alguno de ellos en su fervor *bombista*, hasta á recriminar al público que había abroncado al torero "porque, decía, bastante ha hecho *Bombita* con venir á torear", singularísima atenuante, jamás alegada para ningún torero. Pero *Bombita* era tan grande, que el sólo hecho de salir á la plaza era un favor que dispensaba al público, el cual, conforme á esta teoría, sólo por ello estaba obligado á encontrar maravilloso cuanto ejecutase el torero de la sonrisa postiza.

Ya ve el lector poco enterado de estas cosas como no exagerábamos nada, cuando antes decíamos que los amigos de *Bombita* le querían á cierra ojos, y que este cariño tenía la virtud óptica de subvertir las cosas y cambiar la realidad de las mismas cuando ésta era desagradable.

Mas no acaba aquí el paso de comedia. Aquel día 7 de Agosto y con motivo de celebrarse en San Sebastián una manifestación católica, á causa de lo cual se pronosticaban no sé qué catástrofes, fué á la capital de Guipúzcoa un redactor de cierta importantísima agencia telegráfica de Madrid.

Cuando el hombre regresó á la corte, como viese, al examinar las hojillas en que dicha agencia reparte su servicio á sus numerosos abonados, que no se había publicado la reseña que enviara de aquella corrida, inquirió de sus compañeros la causa de esta omisión.

—Pues porque no la has enviado —le respondieron. —Nosotros cuando vimos que llegaba la hora y que no había telefonemas tuyos supusimos que habrías preferido dormir la siesta á ir á la plaza y cortamos del *Heraldo* la reseña.

—¿Cómo, que yo no la he enviado?—dijo

el redactor.—Aquí están los recibos y aquí el calco que según costumbre hice de la misma.—De cuyo documento, debida y solemnemente autorizada, tengo yo una copia auténtica, á disposición de las empresas que quieran saber cómo estuvo *Bombita* aquella tarde.

Se hicieron averiguaciones; se pidió á San Sebastián la hoja de este despacho. Nada. Todo fué inútil. Y entonces el director de la agencia escribió una graciosa carta al Presidente del Consejo de Ministros en la que le decía: “Comprendo y me explico que tengan gabinete negro los Gobiernos para cerrar el paso á las noticias peligrosas para la tranquilidad pública..... ¡pero que también disfruten del mismo beneficio los toreros!...”

Pero todavía no acaba aquí la historia, ni nosotros queremos dejar detalle inédito, ya que el caso es tan expresivo que explica muchas cosas que sería prolijo referir una por una. Es la demostración de un sistema.

En San Sebastián, como hemos dicho antes, había un periódico, *El Correo de Guipúzcoa*, libre de la pasión que nublaba la vista á los corresponsales y mareaba á los alambres, y este periódico, dos domingos después apareció sin la reseña del cuarto toro

de otra corrida que también toreaba *Bombita*.

¿Qué había sucedido?

El mismo diario lo explicaba al día siguiente en un gracioso suelto que titulaba "El toro *Volador*", en el cual venía á decir el revistero que á él también le había sorprendido, al salir de la plaza y echarse el periódico á la cara, la omisión de la reseña de lo ocurrido en el cuarto toro; que como él la había escrito sin omitir ni aumentar nada y no quería que los lectores interpretasen de mala manera este silencio, hacía constar que la lidia de este toro se había desarrollado de tal y tal modo y que *Bombita* había estado "fatal", como dicen los toreros, en la muerte del tal animalito, que se llamó en vida "Volador". Que él, el revistero, lo había referido así, puntualmente..... pero que de las averiguaciones practicadas resultaba que el chico encargado de llevar las cuartillas á la imprenta era bombista, y que para no dejar en mal lugar á su ídolo se había comido las que daban cuenta de su fracaso. Y terminaba prometiendo el revistero, que daba tal muestra de independencia y de amor á la verdad, que no volvería á repetirse el suceso.

Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo.

No creemos necesario machacar más el asunto con la exhibición de nuevas muestras de los ardides que el bombismo fervoroso ponía en práctica para dar á su amor propio la satisfacción de aparecer siempre, siempre, vencedor; pero no queremos resistir al deseo de poner fin á esta información verídica é irrecusable sin copiar las breves líneas que siguen de uno de los revisteros de mayor circulación de la Corte, escritas desde San Sebastián en Septiembre del año último con motivo de la famosa corrida de Santa Coloma, en que Rafael el *Gallo*, dió el baño definitivo á *Bombita*:

"Rafael Gómez—decía el revistero aludido en el número de su periódico correspondiente al 8 ó el 9 de Septiembre—además de poseer un arte distinto al de Ricardo, se diferencia de él notablemente en lo que respecta á la fortuna en el reparto de bienes cornúpetos. Al de Tomares le menudean los agrestes, los mal atendidos, y al de Madrid le abundan los suaves, los bien cultivados"...

Que sé yo el tiempo y las veces que los bombistas repitieron esto. *Bombita* era una

víctima infeliz de la desgracia, que se ensañaba cruel con su desventurada persona una tarde sí y otra también, y el *Gallo* uno de los toreros de mayor fortuna que han conocido los siglos. Ya se sabía, las vacadas andaluzas, castellanas y salmantinas preparaban dos clases de toros. Una para *Bombita*, que estaba en candelero, de toros aviesos, agrestes, que diría el revistero de antes, mal intencionados, doctores en latín, griego y sánscrito y alimentados con "ceviles". Los otros suaves, blandos, afables, engordados con mazapán y miel hiblea para Rafael, que estaba abajo y no era nadie.

—¿Has visto que mala suerte la que persigue á este hombre?—me decía un bombista al salir de los toros cierta tarde en que se habían dado malas para su torero.—Todos los mansos son para él.

—No, amigo mío, no. Es que él los hace.

—¡Cómo! ¿Qué hace mansos el torero que tiene bien ganada fama de apoderarse de ellos prontamente, y de convertir en toros los bueyes?

—Cierto. Primero se apodera de ellos, y les cambia el sexo; no hay nadie que lo niegue; pero, como después de conver-

tidos, no sabe qué hacer con ellos, porque no "camela" de matar, y continúa suministrándolos trapo y trapo y trapo, pues los animalitos se cansan y tornan á su nativa condición, ó adquieren la de mansos si no la tenían. Pero, por otra parte, ¿por qué os quejáis de la que llamáis mala suerte de vuestro torero? ¿No repetís uno y otro y otro día que él se luce siempre con los toros malos y que no hay nadie que llegue como él y se apodere de los incomodados? ¿Por qué, pues, protestáis, cuando os sale un toro pintado para su lucimiento? Comprendo que rabiaseis, como rabia él, cuando le sale un toro bravo, porque según vuestras teorías es muy fácil torearlos, pero no se concibe que protestéis cuando se los dan á la medida de las condiciones que siempre le estáis cantando.....

De manera, lector que tenemos ó tenía *Bombita*:

El apoyo que se había buscado en *Machaquito*.

La escritura abierta, de igual modo que el cordobés, que era la puerta cerrada para los demás toreros.

La simpatía é indulgencia de los alambres telegráficos.

El fervor de algunos revisteros madrileños y provincianos que le defendían á capa y espada los unos más hábilmente y los otros menos.

Las acciones de periódicos que poseía, y la devoción, el apasionamiento de tan enorme periodista como "Don Modesto", cuya pluma, rica, ágil, fantástica, varia, atrevida, pinturera y parcial, bastábase sola para hacer bombista á media España; singularmente la España que no sabe de toros, se deja guiar por la impresión ajena, y sólo va á la plaza de tarde en tarde: cuando llegan las ferias del pueblo, se viene á Madrid por San Isidro, ó cuando, á falta de otra ocupación más entretenida, se mete á pasar la tarde en la plaza.

*Bombita* fué un hombre con mucha vista reinando en tierra de ciegos. Y si el reino de la estocada estaba entonces en una de sus más brillantes épocas con *Machaquito*, el estado vecino, el del toreo, estaba en la mayor oscuridad.

Todos ciegos y *Bombita* con los dos ojos abiertos.

Usted calcule.

## V

## El salto del tapón.

Pero, lo que parecía imposible, el tapón tan reciamente ajustado á la botella del toreo saltó estrepitosamente cuando menos se esperaba.

Dice *Salomón*, *Tarde, Desperdicios* ó *Thekon-leche*, que Dios ciega á los que quiere perder.

*Bombita* se vió solo, acatado por todos, indiscutido, sin rivales que pudieran disputarle el cetro; la prensa, bombista; *Machaquito*, bombista; las empresas, bombistas; los ganaderos, bombistas; la afición... á la afición que la partiese un rayo. El mundo era suyo y marchaba que era un gusto y á su gusto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
-de SAN ANTONIO, MEXICO